

ZEVALLLOS QUIÑONES, Jorge. *Historia de Chiclayo (siglos XVI, XVII, XVIII y XIX)*. Lima: Lib. Edit. Minerva, 1995. 193 p.

Pocas personas tan autorizadas como Jorge Zevallos Quiñones, distinguido investigador de origen lambayecano, antiguo catedrático de la Universidad Católica de Lima y de la Universidad Nacional de Trujillo, para componer una historia de la evolución urbana en la costa norte del país. Este libro, auspiciado por la Municipalidad Provincial de Chiclayo, se presenta impreso con singular esmero y adornado con numerosas ilustraciones. Se exponen aquí los sucesos y problemas más importantes en el rumbo histórico de dicha ciudad, desde su fundación por obra del gobierno virreinal hasta el advenimiento del presente siglo.

Como buen conocedor de los archivos nacionales y experto profesor de fuentes históricas, Zevallos Quiñones ha dado preferencia a los expedientes archivísticos y a las crónicas, relatos de viajeros y periódicos antiguos para reconstruir –con testimonios fidedignos– los hechos de ese pasado. Queda comprobado así que el desarrollo urbano de Chiclayo, a partir de su modesto establecimiento como reducción de indios hace más de cuatro siglos, está caracterizado por un incesante crecimiento. El empuje productivo de sus habitantes, unido a su estratégica posición como “bisagra” entre la ceja de montaña y el litoral, le han permitido superar una serie de desastres naturales (aluviones, terremotos, plagas) y de rencillas vecinales con otros pueblos de la zona.

Fue el oidor Gregorio González de Cuenca, visitador comisionado por la Audiencia de Lima, quien llevó a cabo en 1566 la tarea de “reducir” los indios pertenecientes a las encomiendas de Cinto y Collique en la nueva población del valle de Chiclayo. Ya estaba levantado para entonces el convento franciscano de Nuestra Señora de la Concepción, cuyos religiosos se ocupaban en la tarea de evangelizar a los pobladores autóctonos, hablantes de la lengua mochica. Según el primer recuento demográfico que se conoce, del año 1579, el número de moradores chiclayanos era de 4.116, conjunto del cual correspondía la cuarta parte a varones en edad de tributar. Las tasas impositivas de la época registran con minucia los objetos que formaban el tributo a los encomenderos españoles: plata ensayada, ropa de algodón, trigo, maíz, pescado seco y aves de corral.

Aniquilamiento de casas y terrenos agrícolas, terrible pobreza e inanición, fueron las consecuencias de desastres naturales como el torrente pluvial

de 1578 y el grave terremoto de 1687, que asoló extensos sectores de la costa peruana. A los habitantes de Chiclayo no les quedó más recurso que reconstruir esforzadamente el pueblo y refugiarse con ahínco en la vida espiritual. Uno de sus hijos más ilustres fue precisamente el indígena Nicolás Ayllón (1632-1677), al que se refiere con especial atención la obra que comentamos. Ayllón era un piadoso sastre que ejerció su oficio en Lima, donde brindó ayuda a pobres y enfermos, fundó un hospicio para mestizas desvalidas y murió en “olor de santidad”.

Zevallos Quiñones enfatiza el constante desarrollo de esta colectividad multirracial, a la que se incorporaron muy pronto peninsulares, criollos y mestizos, no obstante que las leyes del Virreinato prohibían la permanencia de vecinos y comerciantes de origen hispano en los pueblos de indios Renglones principales de la industria comarcana eran la caña de azúcar, el jabón, el algodón, el trigo y la ganadería vacuna y caprina, cuyos productos no sólo satisfacían la demanda local, sino se destinaban además a los mercados de Chile, Guayaquil y Panamá. Los mayores ingresos económicos provenían, sin embargo, del cultivo del “tabaco yunga” (aprovechado tanto en polvo como en rama), que fue controlado desde el siglo XVIII por el Estado mediante la institución de un estanco y la complementaria edificación de una Real factoría de tabacos en Chiclayo.

Este poblado, que desde el momento de su fundación había estado sujeto a las autoridades del corregimiento de Zaña, resultó bastante afectado cuando el trágico aluvión de 1720 hizo virtualmente desaparecer dicha ciudad virreinal. Al margen de los desastres y los vaivenes de la actividad económica, el convento de los padres franciscanos –puesto bajo la advocación de la patrona del lugar, Nuestra Señora de la Concepción– conservó hasta las postrimerías del coloniaje su condición de foco intelectual y centro de la opinión pública en la zona. El censo poblacional de 1814, en plena fase de la Emancipación, arrojó para Chiclayo la cantidad de 6.013 habitantes. En la mayor parte de éstos bullía por cierto un sentimiento de antipatía y rivalidad frente a sus vecinos de la ciudad de Lambayeque; sentimiento fundado en la lucha por diversas ventajas materiales que desembocó más tarde, durante los años del caudillismo republicano, en una abierta pugna entre bandos políticos opuestos.

Todo se resolvió finalmente a favor de los chiclayanos, quienes abrazaron de modo sucesivo las banderas de Salaverry, Castilla y Balta. En 1835 se concedió al poblado la categoría de *ciudad* –“atendiendo a los muy distin-

guidos servicios que ... ha hecho a la causa de la independencia, libertad y honor del Perú” (p. 112)– y se le promovió en seguida al rango de capital de provincia. Y en 1874, al crearse el departamento de Lambayeque, asumió las funciones de núcleo administrativo, con jurisdicción sobre las actuales provincias de Chiclayo, Ferreñafe y Lambayeque. El historiador Zevallos Quiñones pone de relieve las gestiones efectuadas por José Leonardo Ortiz (1782-1854), comerciante y dirigente político chiclayano, quien hizo mucho por conseguir tales preeminencias para su tierra natal.

En el apéndice del libro se reproducen tasas tributarias de los repartimientos de Cinto y Collique, actas del cabildo de indígenas de Chiclayo y otros documentos valiosos para la historia de la ciudad. Las fuentes que se han utilizado para dar sustento al grueso de esta obra provienen de archivos tanto públicos como privados, ubicados en Lima, Trujillo y Chiclayo. El autor ha optado por ceñirse a una exposición directa de los hechos, una *narración* histórica en el sentido más tradicional, soslayando cualquier debate con los demás investigadores que han escrito monografías o ensayos sobre el pasado de la comarca lambayecana.

Hoy día Chiclayo significa un dinámico polo de desarrollo regional, puerta de entrada y salida para la selva, cabeza de la región Nororiental del Marañón, con una población de más de 625.000 habitantes. “Ciudad de viejo abolengo y de extraordinario destino”, según la define el ex Presidente Fernando Belaunde Terry en sus líneas de presentación de esta nueva y medular *Historia de Chiclayo* (p. 8).

Teodoro Hampe Martínez
Pontificia Universidad Católica del Perú